

de canto, que han construido sus nidos en los viejos amates
a la orilla del río que, en el verano, duerme
y se sale del cauce en invierno y se enoja y se lleva los puentes
de piedra, que eran juegos de niños en el vado;
los puentes del azteca, del indio
que hizo ciudades de palabras que tienen
un acento gracioso, y aun resuenan en nuestro corazón encadenado
a la música antigua: Siguatepeque, pueblo de muchachas;

[Guacerique,

nombre canoro, fresco, cargado de peces y de estrellas;
y algunos nombres mayas que vienen caminando
desde muy allá del día en que nacieron las estelas de Copán
y desde el día en que alzó,
poderosa, su antorcha, el Dios del Viento;
Ulúa, Sula, Omoa, Danlí y Oropolí, resbalan lentamente
en el oído como gotitas en la antigua
cueva en que están dormidas las edades
que vieron los primeros pinos, los primeros caobos, los ceibos
[de raíces milenarias,

que caminan, caminan y caminan
con su mensaje oculto hasta las tierras donde
el Señor de Esquipulas ve llegar a los indios con sus
danzas y sus banderas desplegadas, el día del alborozo unánime
en que los nietos de los nietos del azteca y el maya unen
[manos y corazones
en la plegaria y en el llanto como el amate de raíces hondas
[que mece

su larga y verde cabellera sobre las aguas de los ríos
que bajan de los montes con fragmentos de ídolos
y colores de orquídeas.

¡Oh Patria!, ¡Oh Madre!, adorna tu vestido
de zaraza y tu humilde sonrisa más graciosa,
como las madres que en sus pueblos bordan
el complicado encaje para el traje
que ha de llevar el niño en el bautizo
cuando el canario dé su trino de oro
al viento claro, en el albor del día,
y la campana rota con su voz
más recóndita y llena de dulzura llame a todos
para que lleguen a la fiesta en que
compadres y comadres jurarán
quererse siempre, como los abuelos
que no tuvieron odios y juntaron
las manos, cerca de las luminarias
bajo los robles llenos de "parásitas".
de las orquídeas niñas que se asoman
tímidamente a ver pasar las nubes
desde los nidos verdes que, en el bosque,
improvisan huyendo de las manos
que buscan llamás en las flores
altas; tus orquídeas manejan tus colores
sencillamente, como los pintores
impresionistas, y como tus pájaros
carpinteros, que esconden sus ahorros
para el invierno, entre los broncos troncos
del roble en que encontraron su refugio
las colmenas huidizas que robaron
su miel a la guanábana, y al pino
su madrigal más fino entre la lluvia

¡Oh Patria, sé siempre propicia
a tus hijos, sonríeles, y cuéntales
tu ambición más humilde, no tu historia
hundida en sangre y lágrimas cobardes!
Dales valor en los días difíciles,
y que toda la familia esté contenta
y orgullosa de ti ¡Oh Patria, oh Madre!
Tus valles son de luz en que se azula
el agua llena de cristal canoro,
El Zamorano y el Valle de Sula,
los de Sensenti, Quimistán y Yoro,
el Valle pingüe, el valle del solsticio
de invierno y el feraz y frumenticio,
con el confín que no tiene horizonte,
tierra de pan-llevar sin beneficio,
que sólo tiene el trino del sinsonte.

Y esos pueblos callados, ingratos y remotos,
allá en el hondo fondo, coronados de humo,
y llenos de muchachas que, sin novio, suspiran,
y tienen ojos tristes como las Dolorosas

que en los templos oscuros con el manto raído en la
[Semana Santa,

salen a hacer visitas a San Juan y le muestran
puñales sobre el pecho y los ojos en blanco.
Los pueblos aparecen con sus casitas, cuando
del campanario vuelan las palomas del ángelus,
esparciendo noticias del cielo: que la Virgen
ya tiene los ojos tan azules como el cielo
de Honduras en las tardes en que el río, a lo lejos,
es serpiente de plata que ondula
al infinito. ¡Oh pueblos que se llaman
Cedros y San Antonio de Oriente, Valle de Angeles, Yorito,
Dulce Nombre, La Rosa! ¡Oh procesión
de nombres con retintín de plata antigua
que, a veces, en las noches con fantasmas, se escurre
de las botijas donde el rico más tacaño sepultó sus ahorros!
Bajo las noches claras, los ocotales
con luminarias, miran pasar a los arrieros
que van de pueblo en pueblo ofreciendo las cosas
que codician las niñas paliduchas que en la noche dormida
oyen gritar al Duende, el personaje
que arrea los ganados hacia la Costa en donde
los bananos producen oro a montones como en los días
en que se hablaba de unir a los dos mares con locomotoras.
Fué una grande ilusión, como las otras que has tenido, porque
[hay una riqueza
en el sueño, una mina inexhausta, fantasma entre las flores.
De pronto, por tu cielo pasan las guacamayas pregonando
[al crepúsculo

sus colores fantásticos; te dan las albricias
en la tarde, en el alba, los pájaros insomnes,
porque eres una vasta pajarera con luz; no hay en el mundo,
según Twomey, tan bellos y variados,
y hablan muchos idiomas, desde el maya que hablaban
los poetas del Popol Vuj, y el lenca y el chortí; pájaros
[que aun escuchan
la voz exultadora del Dios del Viento, el profeta
que seguirá en su plinto hasta que el aire muera de amor en
[las montañas

donde el quetzal, joya cerúlea, tiene un nido
no de piedras preciosas sino de hierbas débiles,
y el canario de pecho de oro, que al cantar
remeda el agua íntima que taladra las piedras y penetra
[en el alma
de los dioses caídos; luego pasan innumerables niños con alas:
son los ángeles de la mañana, hondureña, los ángeles
que llevan nombres borbotantes: la calandria, el turpial,
[el zorzal, el clarinero,
es el coro sinfónico que abandona las nubes para ofrecer
conciertos
a los pueblos de Honduras, pueblos primaverales en la lluvia
perenne, pueblos de pastorela, cada uno con huertos en olor
[de guayabas

y fragancias en flor;
pueblos en donde labra su panal el Amor,
y las abejas guardan su miel sin darse prisa
y desde la montaña baja un frescor de brisa;
loor a la hermosura de tus cañaverales,
de espadas que se hunden en las noches impuras,
¡ay de las pobres víctimas de sus garras letales,
de los miles que abreven en esos manantiales
el veneno diabólico de las cañas maduras!...
En la plaza aparece en noches de retreta
la banda filarmónica que desentierra vales
con telarañas, y en la noche, en el "velorio" se cuentan
[las historias
más alegres al compás de la cena succudenta y el bárbaro licor
[que da la caña.

¡Ay! Es un niño el muerto,
un ángel, angelito
que se fugó del mundo, pues no llegó el doctor
a tiempo; las comadres comentan a su modo
el incidente, y la abuela
corta yerbas fragantes que derrama en el piso,
santiguándose para conjurar maleficios; al ángel lo sepultan
en una loma, mientras suenan guitarras y estallan los cohetes
la lluvia está cayendo con sus lágrimas lentas,
cae sobre los patios con toronjas maduras,
cae... sigue cayendo... goteando día y noche;